



**JUAN MIGUEL
FERNÁNDEZ CALLEJA
(1940-2023)**



Riojano de genio y ternura

Escrito por Ignacio Otaño, SM

FECHAS DE UNA VIDA

1940: Nace en Cripán (Álava) el 4 de abril.

1940: Es bautizado el 6 de abril.

1952: Postulante en Escoriaza desde septiembre.

1954: Confirmado en Aretxabaleta el 26 de abril.

1956: Novicio en Elorrio desde el 11 de septiembre.

1957: Primera profesión el 12 de septiembre.

1957: Escolástico en Zaragoza desde el 14 de septiembre.

1960: Comunidad de Vitoria desde septiembre.

1962: Profesión perpetua en Vitoria el 15 de agosto.

1963: Comunidad de Valencia desde septiembre.

1977: Director del colegio de Valencia desde septiembre.

1986: Reciclaje en Madrid desde septiembre.

1987: Comunidad de Santa María del Pilar de Zaragoza desde septiembre.

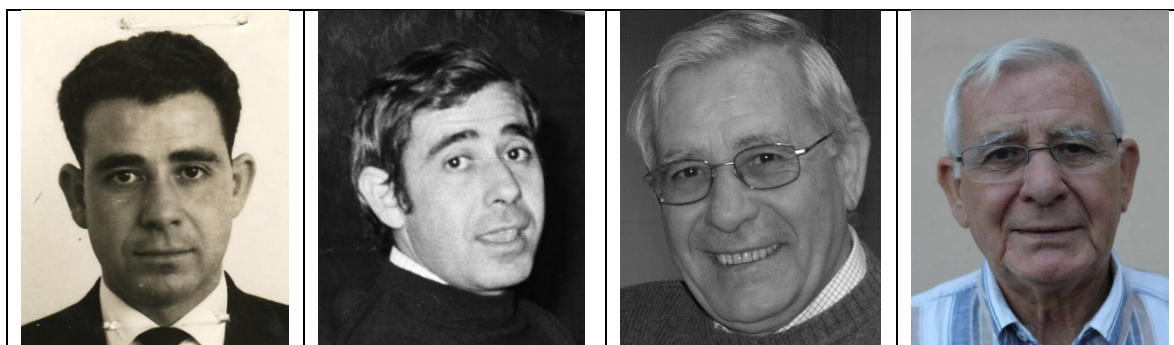
1990: Director de Santa María del Pilar de Zaragoza desde septiembre.

1997: Comunidad de Valencia desde septiembre.

2011: Jubilado en Valencia desde septiembre.

2017: Enfermo en Siquem (Madrid) desde octubre.

2023: Fallece en Siquem (Madrid) el 20 de febrero.





RIOJANO DE GENIO Y TERNURA

Los que se atreven a definir la idiosincrasia de un pueblo caracterizan a los riojanos como temperamentales y, al mismo tiempo, hospitalarios y abiertos.

Esa doble característica encarnaba Juan. Exigente hasta incluso llegar a producir cierto miedo, con su voz atronadora y contundente. Y, a la vez, cercano y comprensivo en el cara a cara con la persona.

A la exigencia firme conducía en parte la presión de la enseñanza de una época. Cuando Juan estaba de profesor en Valencia, los alumnos de 14 a 17 años tenían que presentarse tres veces a tribunales externos, con lo que ello implicaba de búsqueda de seguridad y eliminación de todo relajamiento o distracción.

Algunos que admiten que les imponía en clase, aprecian al profesor que se acercaba y se interesaba por ellos. El hombre bueno vencía al profesor hueso.

Rafael Corell fue uno de los que vivió los dos aspectos y se quedó con el de la bondad y la ternura. Fue alumno de Juan con 14 años. Le apabullaba su *potente chorro de voz* y, como otros compañeros, tenía miedo de que le preguntase o le sacase a la pizarra.

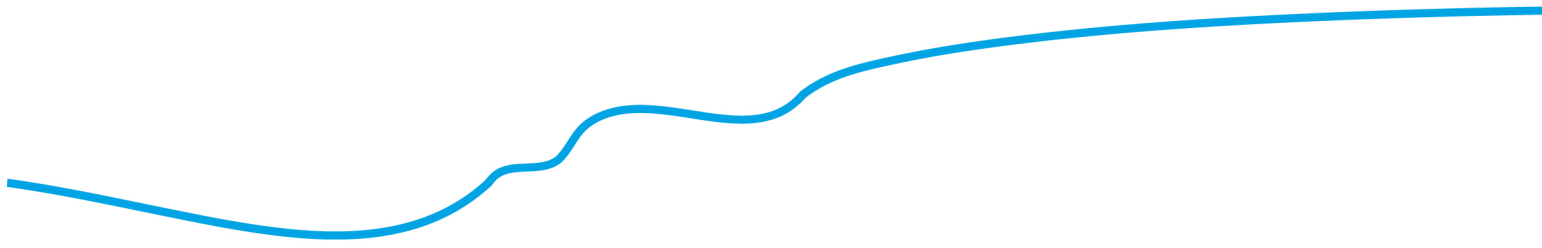
Pero en el patio era otra cosa. Ahí,

“Juan mostraba un peculiar sentido del humor, y se comportaba como si fuera otra persona muy distinta a la que conocíamos en clase. Se acercaba a los alumnos, se transformaba y se interesaba por todos. Entonces comprendías que realmente te apreciaba y que lo que buscaba era sacar lo mejor de cada uno”.

Rafa, cuando terminó la carrera, fue contratado como profesor de Matemáticas y Física por el propio Juan, que era el director. En la visita que una vez Rafa le hizo en Siquem, nuestro hermano le preguntó por cada uno de los miembros de su familia, a la que conocía bien. Era el Juan de siempre. Seguía siendo

“una persona entrañable, íntegra, maravillosa y un ejemplo a seguir para muchos de nosotros”.

Un alumno de muy buen fondo, pero que dio bastante guerra en el colegio de Valencia, fue el actual nuncio apostólico en la República Centroafricana y en la República del Chad, Santiago de Wit. Presidió la Eucaristía de acción de gracias por la vida de Juan que se celebró el mes pasado en Valencia y dijo en la homilía:



“En estos días, pensando en los motivos de agradecimiento, me di cuenta de lo presente que Juan había estado en mi vida. Lo recuerdo pronto, en momentos amargos y tristes, también en mi más insoportable adolescencia, haciendo de tripas corazón para no condenarme al ostracismo; más adelante, cuando esa adolescencia todavía insistía, haciendo gala de una paciencia y respeto con la que no todos me regalaron. Lo recuerdo en el patio, en los partidos de baloncesto, en la oración de los lunes, en la alegría del encuentro puntual e inesperado, el día de mi ordenación, en más momentos tristes y amargos, y en los encuentros raros que ya se produjeron, pero que siempre se asociaron al colegio, y en los que siempre me regalaba esa sonrisa amplia y diáfana que creo todos recordamos. Repito que estos son recuerdos personales, pero confieso que, a pesar de tener buenas y más estrechas relaciones con otros marianistas, dudo que puedan evocar y remitir a esa presencia, que yo llamaría *acompañamiento*, que el recuerdo de Juan Fernández deja en la memoria viva de mi vida”.

Chema Alvira, que convivió con Juan en Valencia y Zaragoza, confirma que en él siempre terminaba venciendo el hombre bueno, la ternura:

“Esa voz autoritaria imponía respeto a los alumnos y, probablemente, también a los profesores. Pero, cuando se le trataba de cerca, Juan inspiraba en todos ellos una enorme confianza y simpatía. He conocido a muchos alumnos, padres y profesores, que lo apreciaban, guardaban un magnífico recuerdo de su persona y sentían un enorme cariño hacia él”.

La bondad de Juan se notaba también en la comunidad. Dice el propio Chema:

“Juan era acogedor, cercano y muy servicial: un hermano excelente para la vida comunitaria. He conocido a lo largo de los años a bastantes hermanos que suponen un don precioso para la vida en comunidad. Juan era sin duda, a pesar de las apariencias iniciales, uno de ellos”.

Su hermano Zacarías reconoce que

“A pesar de sus voces, y de que su carácter podía ser duro y muy exigente, la verdad es que después resultaba cariñoso y familiar. Disfrutaba muchísimo con una partida de mus, con un vaso de vino, con un trozo de queso... pero siempre compartido con los buenos amigos, o en el ambiente familiar o en comunidad”.

Vamos a intentar ver en la trayectoria de vida de Juan los frutos de esa amalgama de genio y ternura.

SU FAMILIA, SU PUEBLO Y SUS PRIMEROS PASOS MARIANISTAS

Juan nació en Cripán (Álava) el 4 de abril de 1940 y fue bautizado con el nombre de Juan Miguel. En el pueblo y en la familia todos lo llamaban Juantxu o Juantxo. El nombre de Juan se debía al santo titular de la iglesia del pueblo.

Sus padres, Elías y María, ambos de Cripán, constituían un matrimonio muy piadoso. Eligieron a propósito el día del Pilar para casarse. Todos los días en invierno y verano se rezaba el rosario en casa o en la iglesia, y, a las 12, el Ángelus en las labores del campo o de la casa.

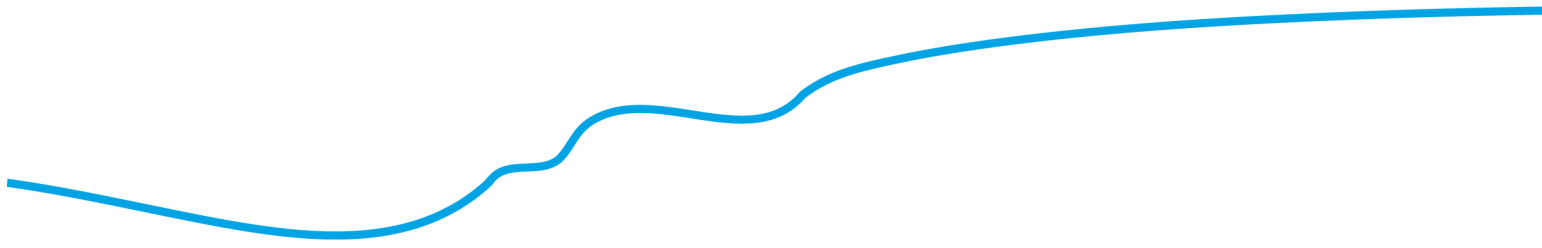
El matrimonio tuvo cuatro hijos, de los cuales falleció el mayor, Koldo. Juantxu era el segundo. Y actualmente viven Rubén y nuestro Zaca. A Juan y Zaca les precedió como marianista su tío, el P. Blas Fernández, fallecido en Vitoria en 1989, a los 92 años de edad.

En 1940, Cripán tenía unos 240 habitantes. Está situado a los pies de la Sierra de Cantabria y es el pueblo más alto de la Rioja alavesa (690 metros).



Juan disfrutaba siempre mucho en las visitas que hacía al pueblo y a la familia. Le encantaba pasear por las viñas y por el monte. Gozaba también cogiendo y comiendo perretxikos (setas).

Siempre le tiró el pueblo y la familia. Por eso no es nada extraño que, cuando era universitario en Valencia, en el curso 1964-65, aprovechara una ocasión de estudiar a fondo su pueblo. El catedrático de Etnología de Valencia obligaba a hacer un trabajo de cien o más folios sobre un pueblo que cada uno elegía, con la condición de que no estuviese ya hecho. Juan



eligió su Cripán. Aprovechó las vacaciones de Navidad para consultar datos en el ayuntamiento, sacar fotos, hacer planos, etc.

A sus doce años, Juan empezó el camino marianista ingresando en el postulante de Escoriaza. El clima de fe que vivía en su familia era tierra propicia para su inclinación hacia la vida religiosa, que lógicamente necesitaba todavía madurar.

En los años de crecimiento – 4 de postulante en Escoriaza, 1 de noviciado en Elorrio y 3 de escolasticado en Zaragoza – sus formadores lo ven como un excelente muchacho.

Piadoso, es servicial y se presta de buena gana para cualquier trabajo. Es abnegado, algo soñador, y de muy buen fondo. Tiene buen carácter, es alegre y comunicativo, entusiasta en los juegos. Muy franco, expansivo y mucho espíritu de familia. Criterio recto y flexible, de buen conformar. Bastante personalidad. Abierto para con todos, simpático, servicial. Abnegado y obediente.

ENTREGADO A LA EDUCACIÓN

En septiembre de 1960 se produce lo que en el argot de entonces se decía la “salida a comunidad” de Juan. Con el Preuniversitario aprobado, se inicia como educador en el colegio Santa María de Vitoria.

Durante tres cursos escolares se ocupa de los más pequeños del colegio, que dejarán en él una huella imborrable. Muchos años más tarde, ya jubilado, cuando le preguntaban cómo conservaba la prodigiosa memoria que mostraba, respondía:

“la practico, y todos los días al levantarme, recito por orden alfabético la lista de nombres de mis alumnos que tuve durante mi primer año que oficialmente di clase”.

En septiembre de 1963 es destinado a Valencia. Sería desde entonces la ciudad en la que más vivió: 42 años en dos etapas diferentes. Allí hizo muchos amigos. Con antiguos alumnos y padres mantuvo siempre una gran relación.

Su hermano Zaca dice de Juan que

“hay que destacar su amor por Valencia, donde pasó gran parte de su vida y donde realmente tiene amigos más profundos. La verdad es que estaba enraizado, enamorado de la ciudad y de la gente”.

En sus primeros años de Valencia, en 1963, compatibilizaba la docencia, como actividad principal, con los estudios universitarios de Geografía e Historia, que dieron alas a su pasión especial por la historia y el arte, sobre todo el románico. Fue un excelente profesor de esas

materias en el Bachillerato y el Preuniversitario de entonces.

En el colegio, se entregó plenamente a la educación integral de los alumnos, y eran famosas sus clases de latín, que resonaban en todo el edificio por el contundente entusiasmo que ponía en ellas. También las actividades extraescolares tenían en él un impulsor y colaborador incondicional.

Participaba activamente en los ejercicios espirituales de los alumnos y, según su antiguo alumno Javier Palop, Juan mostraba

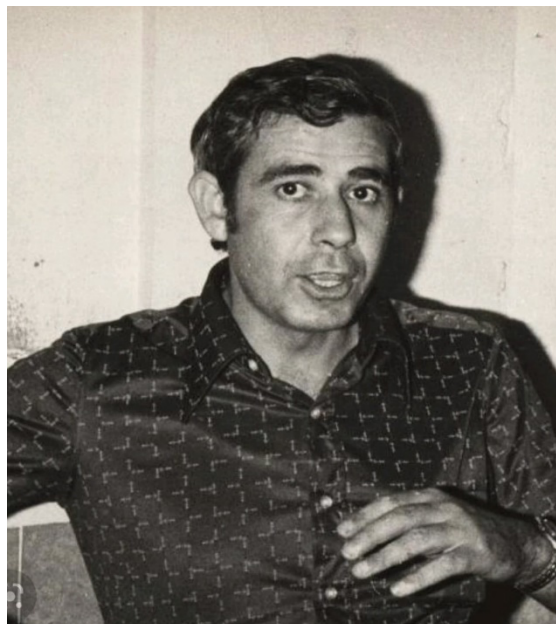
“una gran capacidad de generar espacios de escucha espiritual con preguntas trascendentes que nos llevaban a otro nivel de interioridad”.

Javier añade que

“Sus antiguos alumnos le recuerdan como un ejemplo perfecto de la exigencia con amor, que combinaba magistralmente la determinación con el ritmo de la clase y con el sentido del humor. Sus alumnas y alumnos lo recuerdan con mucho agrado. En las distancias cortas era un hombre super respetuoso, de gran ternura y capacidad de escucha”.

Cuando obtuvo la licenciatura, en 1967, a los 27 años de edad, asumió la dirección de bachillerato. Diez años después fue nombrado director general del colegio.

Félix Erdocia coincidió en varias etapas de su vida con Juan. La primera fue siendo escolástico en Valencia, de 1967 a 1969. El escolasticado ocupaba el último piso del edificio del colegio, lo que posteriormente ha sido la comunidad “Mare de Déu”. Recuerda que las clases de latín de Juan se oían por todo el pasillo e incluso dos pisos más arriba, donde tenían su sala de comunidad. “A veces le contestábamos desde arriba”, dice Félix. Y añade otra anécdota:



“Usar el ascensor era solo privilegio del profesorado, pero algunos alumnos usaban esta vía de vez en cuando. A veces tenían la mala suerte de encontrarse con Juan en la puerta, y entonces era proverbial su grito. “¡Señorita!”. Y la señorita o señoritas no tenían que recibir más mensaje. Subían las escaleras para volver a bajar siempre al lugar en el que se había comenzado la infracción, sin ahorrarse ningún piso”.

Para su antigua alumna Neus Gil,

“Juan es un ejemplo perfecto de la exigencia con amor. En apariencia serio y distante, pero todo lo contrario. Presente, perseverante y fiel a sus alumnos”.

Carlos Ferrer, primero profesor laico y luego director del colegio, afirmaba en la Misa celebrada en Valencia tras la muerte de Juan:

“Juan fue algo más y mejor que *nuestro director*; fue, sobre todo, nuestro *hermano bueno*; para muchos ha sido como *ese hermano mayor que nos protege* y da seguridad, aunque él mismo no la tuviera; porque, como todos, era frágil y vulnerable – más de lo que aparentaba –; pero a nosotros, sus hermanos menores, nos parecía fuerte, poderoso, irrompible; diría que *invencible*. Así son los hermanos mayores”.

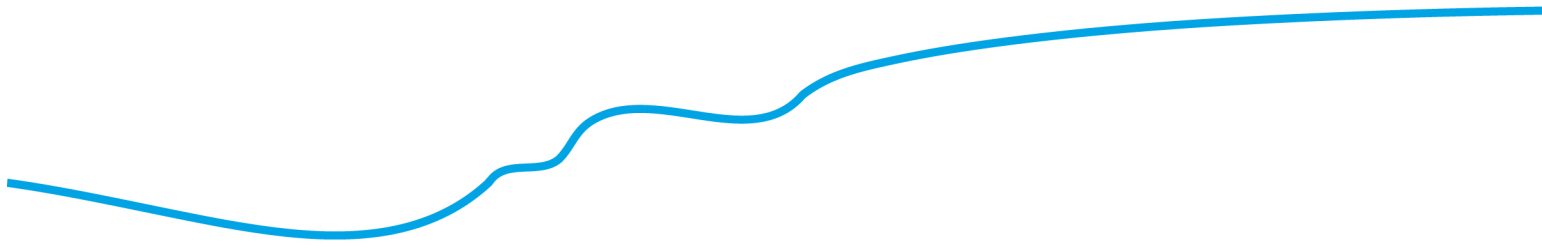
Tras los 20 años intensos vividos en Valencia, Juan tuvo un año de respiro con el *reciclaje* en Madrid. Después, en septiembre de 1987 fue enviado al colegio Santa María del Pilar de Zaragoza y empezó siendo director de Bachillerato. Tres años después pasó a ser también director del colegio.

Félix Erdocia se encontró de nuevo con él, esta vez en la misma comunidad y el mismo claustro. Dice de Juan en Zaragoza:

“Serio, recto, exigente, pero muchos de los alumnos que trataron con él supieron darle la vuelta y descubrir el corazón sensible, humano que Juan encerraba bajo esa imagen de seriedad. Con un *Juan, tienes razón...*, pero, *Juan, no te pongas así...*, no es *para tanto*, se le pasaba la seriedad, el mal humor y sonreía. Muchos descubrieron en esos años que Juan en la distancia corta ganaba mucho, que se libraba de su papel de director y se presentaba como la persona que era”.



Juan, junto a M^a Ángeles Longedo, Toni Casaña y Juan Cruz Perea, en 1981



En comunidad, acogía a los familiares de los hermanos y a todas las personas con una afección que dejaba un gran recuerdo.

Un infarto de corazón, cuando se cumplía una década de su estancia en Zaragoza, hizo que tuviese que dejar la dirección y fuese destinado de nuevo a su querida Valencia.

DE NUEVO EN SU QUERIDA VALENCIA

De nuevo en su querida Valencia, esta vez sin las cargas de la dirección, pero igualmente vocacionado como marianista educador y siempre con los brazos abiertos de par en par a la amistad.

Quince años estuvo aquí dando clase, algunos como administrador abnegado y servicial de la comunidad.

Carlos Ferrer dice de esta etapa de Juan en Valencia:

“Volvió; y volvió para quedarse. Y durante unos cuantos años hemos disfrutado de su presencia, sus clases y su acompañamiento servicial y su amistad entrañable. Y descubrimos, más si cabe, al hombre amable, amador, sencillo, que reía con sus amigos y también lloraba a sus amigos; porque capítulo importante de su querida Valencia eran sus amigos, aquellos que se fraguaron en tantos años de presencia en esta ciudad; los amigos de partida de frontón; comida, con tertulia y siesta si se terciaba; los amigos de la confianza personal más allá de la comunidad. Los amigos que han acogido su mirada encogida en los últimos tiempos de agonía”.

Maite Zapater es una madre de familia que guarda un gran recuerdo de Juan y ahora así se dirige a él:

“Eras un vasco, seco y serio, pero cuando abrías tu corazón, de las personas más tiernas, cariñosas y buenas que hemos tenido la suerte de conocer...”

Cuando nos quejábamos de cualquier problema que teníamos, siempre decías: ‘tranquilos, ya verás cómo se soluciona’, y nos serenabas.

Has sido como un hermano para nosotros; nos has enseñado tantas cosas buenas, entre ellas lecciones de arte, mus y discernimiento. Todo eso en Salinas aquellos fines de semana tan maravillosos...”



Juan con su hermano Zacarías

JUBILACIÓN DE BENDICIÓN

Se jubiló a los 71 años. Siguió fiel al paseo diario a buena marcha recomendado por los médicos desde su infarto. Asoma el Parkinson, aunque al principio no es de diagnóstico claro.

Los dos superiores que tuvo durante su jubilación fueron Javier Pérez Valencia y Rafael Eguíluz. Javier destaca su gran afecto a las personas y su modo de compartir la oración en comunidad:

“Yo de Juan destacaría el gran afecto que tenía a las personas: a profesores, a antiguos alumnos, a todo el personal del centro; los trataba con mucho cariño... Una segunda cosa que yo destacaría, que a mí me ayudaba particularmente, era su modo de compartir la oración en el rato de *lectio divina* de los domingos, en comunidad. Compartía reflexiones personales muy profundas y de corazón, que las hacía desde lo más hondo de su persona, reconociendo lo que era y lo que sentía después de escuchar esa palabra de Dios”.

Por su parte, Rafa dice que “si algo define a Juan es su gran corazón”:

“Si algo define a Juan es su gran corazón. Persona servicial y amable; atenta a las necesidades de los hermanos, sobre todo de los más delicados de salud. Abierto, afable, buen conversador; muy amigo de sus amigos: disfrutaba estando con los muchos amigos que tenía en Valencia, padres, antiguos alumnos..., eran muchos los que


venían a saludarle y a hablar con él”.



Habiendo sido profesor de alumnos mayores toda la vida, en su jubilación Juan se convirtió en el amigo entrañable de los niños. Como hace notar Paco Sales, que convivió con él en esos años, las profesoras de Infantil y los niños todavía lo recuerdan con cariño y quieren muchísimo a Juan.

Para los niños era un referente. Todos los días acudía a saludar a los pequeños y entraba en sus clases. Les repartía caramelos y, sobre todo, sonrisas y afabilidad. Disfrutaba y, además, conocía a muchos padres y abuelos. Participaba en los “Encuentros con Jesús” y, al terminar, bendecía uno a uno a los niños con mucha unción.





En la comunidad hacía de enfermero solícito cuando incluso su propia enfermedad de Parkinson avanzaba inexorablemente. Llegó un momento, admitido por él mismo, en que se vio necesario trasladarle a la enfermería provincial de Siquem, en Madrid. Fue el jueves 6 de julio de 2017.

El P. José María Salaverri, emocionado, confesaba que lloró por su marcha:

“Juan ha sido mi ángel de la guarda desde que coincidimos aquí. Encargado de los enfermos, se desvivía cuando me ponía malo. Aparentemente rudo, tenía un corazón de oro. Como me ha costado mucho comer, al estar sentado al lado mío, me animaba: ‘Esto te vendrá muy bien.’”

También el P. Salaverri descubrió la sensibilidad espiritual de Juan y su aprecio de los salmos:

“Este último curso hemos coincidido mucho en la capilla a media mañana y a media tarde. Un día me dice: *¿Sabes, José María? Leo, medito, rezo mucho los salmos...* Lo comprendo: Se ve que le habían aconsejado identificarse con los pobres tocados por la desgracia. Lo recuerdo mucho y me emociono”.

TRAYECTO FINAL PARA NACER A LA VIDA

Cinco años y medio duró el trayecto de Juan en Siquem, muy bien cuidado y acompañado. En la pared de su cuarto tenía dos fotografías que se trajo de Valencia: una, inclinado ante los niños de Infantil, con la leyenda: “Gracias por acercarnos a María”. La segunda, un montaje con un Juan de la tercera edad y otro de su época joven: “Marianistas Valencia, contamos contigo, Juan Fernández”.

José Antonio López (Joseto), director de la residencia, nos describe cómo fue evolucionando. Un primer diagnóstico que auguraba un final en la cama y con sonda nasogástrica para poder tomar alimentos y líquidos, seguido de un deterioro paulatino, con movimientos más dificultosos y cada vez más rígidos, con algunas caídas, hasta que tuvo que quedarse en la cama.

Su relación con el doctor, Carlos González, y con el personal de la casa era entrañable y efusiva. “Juan se hacía querer”. El testimonio de sus cuidadores es muy elocuente. Mientras pudo expresarse de algún modo,

“era una persona supercariñosa; atento, se acordaba de todo lo que le contabas, adoraba a nuestros niños, nos preguntaba todos los días por ellos, por sus nombres. Si le habíamos dicho que tenía un examen uno de ellos se interesaba por cómo lo

había hecho. Muy agradecido con todo lo que hacíamos por él, superdivertido, con un sentido de humor y una risa contagiosa. Cuando ya no podía hablar, si le contabas un chiste se moría de risa. Muy muy inteligente, se hacía querer, se acordaba de todo. Muy buena gente, una persona a la que quieres desde el primer día que la conoces. Irle viendo deteriorarse era muy duro. Nos pedía perdón cada vez que se caía”.

A Nano Crespo el estado de Juan le hacía reflexionar:

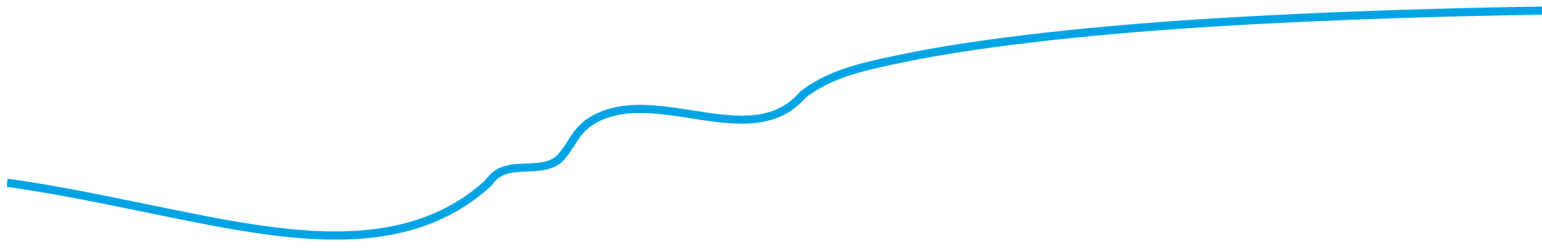
“Juan era presencia pura. El ser despojado de todo que sigue siendo un ser humano. El ser que concentra nuestra atención, nuestro cuidado, nuestro afecto, las muestras de cariño. Aparentemente él no nos podía dar nada, y, sin embargo, nos daba lo más importante: el ponernos delante del misterio de la vida, de la vida en esta tierra y de la vida eterna, del ser humano en su dependencia radical, del ser abierto a la esperanza en medio de una situación límite, de vulnerabilidad total”.

El día de la Virgen de Lourdes todos los miembros de la comunidad de Siquem recibieron la unción de los enfermos. Juan también. Se lo dijo Nano y tuvo esta impresión: “Diría que me respondió con unas lágrimas”.



Juan en Siquem con Mar Donet, la hermana de Richi, profesora de Infantil en Valencia

Unos días antes de la Navidad de 2021 vino a Siquem un religioso marianista, alumno de Juan, y estuvo con él un rato, cogiéndole las manos, con una ternura y una sensibilidad exquisita. Nano hizo una fotografía de sus manos y un poema, que le sirvió de felicitación navideña:



En el cielo la algarabía de los ángeles
las chirimías de los pastores en la tierra

mientras busco el silencio para adorarte
el mejor regalo

adorarte y mirarte asombrado
con tu misma mirada que me mira

mirándome me veo en ti

en la carne nacida de tu amor
en tu carne desnuda despojada
carne callada carne abajada
carne humana de tu ser Dios

me acerco a ti
a la carne de la humanidad
vulnerada silenciosa descartada
y no acierto a comprender tu misterio encarnado
aunque sé que estás

me aprendes un nuevo lenguaje
para amarte en la fragilidad herida
sin palabras sin decires
un no saber que queda balbuciendo
tartamudo de ternura tierna

y así, este año, en Belén
quedo en silencio ante tu Palabra
hecha carne
para acariciarte
para *ungirte con óleo de ternura*
para adorarte
sin palabras.



Descansa en paz.
Gracias y hasta pronto, querido Juan.